



12 MAR ADENTRO – RUTA DE VIAJE 6

ORAR POR LOS SACERDOTES

Voy a tratar el sexto punto de los siete que habíamos dicho que queríamos vivir, como grupo, para seguir en lo que nos parece -estarán discerniendo- puede ser un buen barco para llegar a puerto, a la santidad.

El primer punto es el Bautismo, con los deseos de santidad, el segundo todo lo que implica la Eucaristía y la Confesión, tercero el mundo de San Ignacio, Ejercicios Espirituales, retiro mensual, el cuarto la Santísima Virgen, la Consagración y vivir marianizando la vida. Quedó la Virgen después de San Ignacio por esas cosas del orden, nada más, pero si hubiera que ser estricto siempre la Virgen va después del Señor directamente Ella, pero simplemente fue porque nos conocimos por San Ignacio, como un requisito, pero siempre la Virgen va antes. Después todo lo que vimos de formación semanal, que vimos dos charlas, la formación en general y que la concretábamos en algo semanal. Y ahora, lo que para mí era un poquito más difícil, en el sentido de que todo lo demás es o muy obvio en sí o muy de San Ignacio, o muy presente en nuestro derecho propio, las Constituciones, Directorios, el padre Buela que nos pide que demos importancia al Bautismo, que cuando habla de los terciarios, habla del Bautismo. ¡María, la Virgen Santísima! ¡wow! cómo no va a ser Ella..., no había tanto que discernir porque incluso han hecho la Consagración, se han hecho los Ejercicios.

Esto de rezar por los sacerdotes que no nació de mí directamente, sino que fueron cosas que me fueron comentando, de un lado, de otro, pero que me parece super bien; pero es algo que nosotros como Congregación del Verbo Encarnado, como familia religiosa no tenemos directamente eso mandado, cité algún texto de la importancia de orar por los sacerdotes, si está, pero ningún terciario nuestro tiene así como una cosa: directamente tengo que rezar por los sacerdotes, como directamente no, si rezar por las misiones, si está, pero es distinto a por ejemplo, todos los terciarios saben que tienen que consagrarse a la Virgen, todos saben, y eso tienen que hacerlo como previo para ser terciario. Y todo terciario sabe que los Ejercicios son muy parte de nuestra espiritualidad, todos los terciarios saben que tienen que rezar por las misiones. Pero esto puntual que vamos a hacer es una cosa un poco concreta, concretizar algo dentro de lo que es Mar Adentro.

Repito, yo no soy ningún fundador de nada, el fundador es el padre Buela y simplemente esto surge como una respuesta a gente que nos quiere, nos conoce y quiere seguir la espiritualidad y no estamos presentes ahí, entonces hay que formar algo y lo estamos formando y nos conocimos por los Ejercicios, y por la Virgen y está dando resultados, yo estoy muy contento. Yo lo tuve que discernir así: “Señor dame luces a ver qué quieres, qué no, cómo lo hacemos”. Y es un tema que no es poco importante y me lo



sugirieron, y yo hace ya tiempo, y todavía no he podido, pero tiempo que tengo acá -en la cabeza- y sobre todo acá -en el corazón- querer hacer unos Ejercicios Espirituales para sacerdotes, porque es super importante. Repito, no es que no lo tenía, pero si no me lo dicen de un lado y de otro, no me hubiera dado cuenta de quizás ponerlo como algo puntual.

Lo que voy a tratar de hacer en esta charla es hablar **en primer lugar de la importancia del sacerdocio**. No va a ser una clase de teología, sino una charla de espiritualidad, pero con fundamentos teológicos. ¿Por qué? Porque si vamos a rezar por los sacerdotes y a ofrecer por los sacerdotes, tenemos que entender la importancia del sacerdocio.

Todos tenemos ciertas nociones, pero voy a tratar de puntualizar algunas cosas más. Repito, no es un tratado teológico, pero sí he tratado de, con lo que voy diciendo, poner textos de apoyo de un santo, del Magisterio, de aquí y de allá; para que valoremos la figura del sacerdote, y la relación del sacerdote con el bien de las almas; que al rezar por el sacerdote, rezamos por muchas almas que, se le están encomendando en cada momento. Y después, al final, voy a puntualizar qué en concreto sugerimos qué podemos hacer por los sacerdotes. También en eso, lo voy a aclarar al final, también hay mucha libertad, en el sentido sobre todo de que no sea algo rígido. El padre Buela no es amigo de eso.

En el Directorio de la Tercera Orden se dicen algunas oraciones que ya nosotros puntualizamos: el Ángelus, la Misa. Pero después, nadie tiene que perder las oraciones que ya trae. Tampoco es una cosa tan estricta. No hay un formalismo, así como que “hay que cumplir esto, esto, esto...”, no. Hay que entender lo importante, y después vivirlo de tal manera que cada uno pueda adaptarlo un poco. Entonces también en esto que voy a decir, si lo puntual que digo al final, uno lo quiere vivir de otra manera, lo importante es la idea. **La idea es que, como grupo, nos ocupamos de rezar y ofrecer por los sacerdotes**. Eso quiero que quede como algo sustancial, vamos a sugerir algo, pero esa sugerencia no deja de ser algo que si alguien dice: “yo lo voy a hacer de otra manera”, pero lo importante es que no dejemos todos de hacer algo por los sacerdotes.

1. LA GRANDEZA Y LA IMPORTANCIA DEL SACERDOCIO.

Estos días que estuve en Polonia volví a leer este libro: “Don y Misterio”, de Juan Pablo II. Es un libro preciosísimo. Un cura nuestro decía: “San Juan Pablo II, un hombre esencial”. No hay una palabra de más. Muy cortito. Tiene muchas fotos, por eso parece grande.

Volví a leer ese libro, lo leí hace muchos años, entonces también uno valora otras cosas de otra manera. Y quería empezar con algunos textos, y después citarlo también varias veces.

Lo escribe San Juan Pablo II cuando cumple 50 años de sacerdote. Él fue ordenado a los 26 años en 1946. Él nació en 1920. Es decir, esto lo escribe en 1996. Y también se lo



piden, piden que lo escriba. No es Magisterio, es un libro personal, pero claro, del Papa santo, con todo lo que eso implica.

Pone así Juan Pablo II al comienzo:

En Los Comienzos... ¡El Misterio!

“¿Cuál es la historia de mi vocación sacerdotal? La conoce sobre todo Dios. En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre. Cada uno de nosotros sacerdotes lo experimenta claramente durante toda la vida. Ante la grandeza de este don sentimos cuán indignos somos de ello”.

Es muy importante esto.

Vamos a hablar de algo, él mismo lo va a aclarar después, que es un misterio... Entonces no vamos a entender nada, si se quiere. Nada vamos a entender. Un 0,000001% y me quedo corto o me quedo largo, pero ese 0,000001% nos va a ayudar, porque obviamente es un misterio que se puede ir profundizando, pero misterio al fin.

“La vocación es el misterio de la elección divina: *‘No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo los he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca’* (Jn 15, 16). *‘Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aaron’* (Hb 5, 4). *‘Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: Yo, profeta de las naciones te constituí’* (Jr 1, 5)”.

Dice el Papa:

“Estas palabras inspiradas estremecen profundamente toda alma sacerdotal. Por eso, cuando en las más diversas circunstancias -por ejemplo, con ocasión de los Jubileos sacerdotales- hablamos del sacerdocio y damos testimonio del mismo, debemos hacerlo con gran humildad, conscientes de que Dios *‘nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia’* (2 Tim 1,9). Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que las palabras humanas no son capaces de abarcar la magnitud del misterio que el sacerdocio tiene en sí mismo.”

No son capaces, estamos hablando de algo que nos supera. Y termina:

“Esta premisa me parece indispensable para que se pueda comprender de modo justo lo que voy a decir sobre mi camino hacia el sacerdocio”.

El Papa dice: voy a hablar sobre mi camino al sacerdocio, voy a hablar de sacerdotes, pero entiéndase que desde el misterio, desde la humildad. Voy a hablar de algo que no soy digno, a lo cual fui elegido, sin ningún mérito y que me sobrepasa infinitamente.

Si lo dice él, ¿qué me queda para mí? Por eso yo quería empezar con estas palabras de él, para que quede claro que por más que yo voy a decir pocas cosas más, porque son



todas citas. Porque, ¿qué voy a decir? Lo poco que diga mío, y las citas incluso, todo, estamos desde esa óptica.

¿Quién es el sacerdote?

En el capítulo VIII, bastante más adelante, se pregunta: “¿Quién es el sacerdote?” Así lo titula. Y comienza a hablar de que intenta “escrutar el misterio que desde hace cincuenta años me acompaña y me envuelve”.

Misterio, hace cincuenta años que lo envuelve y lo acompaña... un misterio, un misterio... Dentro de poquito cumplo dieciocho años de sacerdote. No lo puedo creer. ¿Cuándo pasaron 18 años? No lo puedo creer. Hace poco cumplí años y me regalaron una cosita con todos los saludos de la gente de la parroquia, y uno decía: “Dentro de todo anciano hay un joven preguntado: ¿Qué pasó?” La vida pasa muy rápido y uno no se da ni cuenta. Dieciocho años de sacerdote.

Me acuerdo en el seminario, al cumplir diez años, yo era seminarista y había unos sacerdotes que cumplían diez años -en ese tiempo se juntaban, después se cortó eso ya-. A los diez años se juntaban, desde donde estuvieran, se juntaban, los misioneros. Un sacerdote pasó y dijo: “Ustedes, seminaristas, no tienen ni idea de lo que es ser sacerdote.” Y era cierto, nos lo habían dicho muchas veces. Pero él agregó: “Nosotros tampoco tenemos idea.” Me quedó grabado eso.

Yo les digo exactamente lo mismo: “Dieciocho años, y tampoco tengo idea.” ¿Por qué? Por esto que estamos leyendo.

¿Cómo puedo tener idea de lo que significa agarrar pan y decir: “Esto es mi cuerpo”, y que se transforme en Jesús? Yo no puedo decir que tengo idea de eso. O decir: “Yo te absuelvo de tus pecados” y... No alcanza una vida, ni mil vidas, para tener idea de lo que es eso. Por eso dice el Papa: “misterio que me acompaña y me envuelve.”

Continúa el Papa:

“La vocación sacerdotal es un misterio. Es el misterio de un ‘maravilloso intercambio’ -*admirabile commercium*- entre Dios y el hombre”.

Comercio suena medio comercial, pero en latín tiene ese sentido: “intercambio” entre Dios y el hombre. Miren qué hermosas palabras:

“Este -el hombre- ofrece a Cristo su humanidad para que Él pueda servirse de ella como instrumento de salvación, casi haciendo de este hombre otro Sí mismo”.

Cuando se ordena sacerdote, uno le dice a Jesús: “Esta humanidad mía, ya no es mía, es tuya. Para que por medio de esta humanidad hagas tu obra.”

“Si no se percibe el misterio de este ‘intercambio’ no se logra entender cómo puede suceder que un joven, escuchando la palabra: ‘¡sígueme!’, llegue a renunciar



a todo por Cristo, en la certeza de que por este camino su personalidad humana se realizará plenamente”.

Es un misterio, un misterio de no ser más uno mismo, porque es entregar a Cristo nuestra humanidad y ser otro Cristo. Y eso también implica morir a muchas cosas. En muchas cosas ya no somos nosotros. No solamente cuando celebramos la Misa. Ya soy otro Cristo, y me tengo que comportar como otro Cristo. Y etc, etc, etc. Pero no hay manera más plena de vivir la vida.

Es el misterio que también se da en la vida de todo laico, mientras más me entrego a los demás, más puedo vivir plenamente mi vida. Mientras más me doy, más me lleno del Señor.

“¿Hay en el mundo una realización más grande de nuestra humanidad que poder representar cada día *in persona Christi* el Sacrificio redentor, el mismo que Cristo llevó a cabo en la Cruz?”

No hay manera de vivir más plenamente la vida que esa.

Sigue el Papa, siempre en este libro, que me pareció providencial haberlo leído ahora de nuevo, hablando siempre de misterio, y en este caso en relación con la Eucaristía. Dice:

“Durante la Santa Misa, después de la transubstanciación, -en el momento de la Consagración-, el sacerdote pronuncia las palabras: *Mysterium fidei* ¡Misterio de la fe! Son palabras que se refieren obviamente a la Eucaristía. Sin embargo, en cierto modo, conciernen también al sacerdocio -el sacerdocio también es un misterio de fe-. No hay Eucaristía sin sacerdocio, como no hay sacerdocio sin Eucaristía. No sólo el sacerdocio ministerial está estrechamente vinculado a la Eucaristía; también el sacerdocio común de todos los bautizados tiene su raíz en este misterio”.

¡Hermoso! El sacerdocio que ustedes tienen por el Bautismo también está estrechamente relacionado con la Eucaristía, estrechamente.

“A las palabras del celebrante, los fieles responden: ‘Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús’. Participando en el Sacrificio Eucarístico los fieles se convierten en testigos de Cristo crucificado y resucitado, comprometiéndose a vivir su triple misión -sacerdotal, profética y real- de la que están investidos desde el Bautismo, como lo recordaba el Concilio Vaticano II.

El sacerdote, como administrador de los ‘misterios de Dios’, está al servicio del sacerdocio común de los fieles -nosotros al servicio del pueblo-. Es él quien, anunciando la Palabra y celebrando los sacramentos, especialmente la Eucaristía, hace cada vez más consciente a todo el Pueblo de Dios su participación en el sacerdocio de Cristo, y al mismo tiempo los mueve a realizarla plenamente. Cuando, después de la transubstanciación, resuena la expresión: ‘*Mysterium fidei*’,



todos son invitados a darse cuenta de la particular densidad existencial de este anuncio, con referencia al misterio de Cristo, de la Eucaristía y del Sacerdocio”.

Son muy profundas estas palabras. El sacerdote está llamado a enseñar a los laicos a vivir la profundidad del misterio de la fe, que es la Eucaristía, que nos une a la Pasión de Cristo y a su sacrificio. Y desde ahí también revalorizar el ministerio sacerdotal. Es decir, somos sacerdotes por el Bautismo, tengo que darle valor a eso como laico, participando de la Eucaristía, uniéndome al misterio de Cristo, en su Pasión, en la Misa, pero también en ese mismo momento darle valor al ministerio sacerdotal, es decir, a ese otro sacramento que tiene el ministro.

El progresismo en parte, entre tantos errores, no poco hace por no distinguir y por ensalzar el sacerdocio común de los fieles, que está bien, le quita importancia al sacerdocio ministerial. Son esencialmente distintos. No pasa nada que uno distinga, que valore las cosas de manera distinta. Por eso también quienes se quedan con lo anterior, dicen: “No, no, no hay que hablar del sacerdocio común de los fieles, porque... No hay que incensar a los fieles en la Misa porque...” Sí, hay que incensarlos porque tienen el sacerdocio común. Pero también aparte hay que incensar al sacerdote porque tiene un sacerdocio también distinto. Esencialmente distinto, porque tiene otro sacramento.

En este sentido, hay sacerdotes que, no sé ahora, pero en Argentina había alguno que decía: “Este sacrificio de todos nosotros...” No. “Este sacrificio mío y vuestro”. Es de Cristo, pero el que hace las veces de Cristo es él. “Mío y vuestro”. O invitaba a los fieles a hacer, “Digan conmigo”. No, no. Lo que le toca al cura, le toca al cura. Y está bien, y no es discriminación, esto no es un comunismo. Hay cosas que le tocan a cada uno, y está bien. No hay que distinguir las cosas. A cada uno le toca lo que le toca, y no le está quitando importancia. Por eso, valorizar el Bautismo en ustedes no le quita para nada valor, sino al contrario, al contrario.

“¿No encuentra aquí, tal vez, su motivación más profunda a la misma vocación sacerdotal? -Hacerles entender todo esto que estamos hablando-. Una motivación que está totalmente presente en el momento de la Ordenación, pero que espera ser interiorizada y profundizada a lo largo de toda la existencia. Solo así el sacerdote puede descubrir en profundidad la gran riqueza que le ha sido confiada”.

Ustedes tienen que entender, y no es falta de humildad, al igual que el cura que tienen adelante, cualquiera que sea, aquí el primero soy yo, no llegamos a entender la riqueza que tenemos. Y en ese sentido, hace falta que la entendamos. No digo que haya que hacer esto, pero me gustó el ejemplo. No digo que haya que hacer esto porque no se usa más, y hay cosas que no se usan más y que no se pueden volver, salvo que cambien ciertas cosas culturales, y no tiene nada de malo. El otro día en un encuentro de jóvenes acá, cuando mandé fotos y demás, una joven al frente del grupo me besó la mano. Entonces nos quedamos un poco sorprendidos y ella dijo: “No, para que valore su sacerdocio padre.” Está muy bien, está muy bien. Repito, no es que hay que hacer eso porque no se usa más. Tampoco estuvo mal que lo haga, pero nosotros siempre lo hacemos después de la



primera Misa, el rito del “besa mano”. Antes se hacía, era muy común, ahora incluso hay laicos que no te besan la mano, pero se acercan y hacen como el gesto de... O besar el anillo del obispo. Son todas cosas que ayudan, no hace falta que sea exactamente eso, pero si la idea de ayudar al cura a entender lo que lleva, lo que es.

Una vez, el padre Fuentes contaba que va a una Misa a una capilla y un niño le pregunta: “¿usted es el que perdona los pecados?” Él había hecho toda una reflexión sobre eso, claro, “soy yo el que perdona los pecados”. Dicho por un niño, muy tierno, y muy sincero.

Continúa el Papa diciendo:

“Cincuenta años después de mi Ordenación puedo decir que el sentido del propio sacerdocio se redescubre cada día más en ese *Mysterium fidei* -en ese misterio de la Eucaristía-. Esta es la magnitud del don del sacerdocio y es también la medida de la respuesta que requiere tal don. ¡El don es siempre más grande!, Y es hermoso que así sea. Es hermoso que un hombre nunca pueda decir que ha respondido plenamente al don. Es un don y también una tarea: ¡siempre! Tener conciencia de esto es fundamental para vivir plenamente el propio sacerdocio”.

Hasta ahí este punto de hablar, siempre con Juan Pablo II, de la **grandeza del sacerdocio**, y sobre todo la grandeza desde el misterio.

2. LA IMPORTANCIA DEL SACERDOCIO PARA LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS.

En una jornada de formación de la Acción Católica dedicada a la vocación sacerdotal, el padre san Alberto Hurtado, jesuita, quien murió en mitad del siglo XX en Chile, en un momento, les dice lo siguiente:

“El tema no puede ser de mayor importancia para la Iglesia, dado que es la misión del sacerdote en el cuerpo místico de Cristo” -ese era el tema que trataban-. Al sacerdote confió Cristo la administración de sus sacramentos, que son en la Iglesia el medio por excelencia y el camino ordinario de la efusión de la gracia”.

¿Puede salvarse una persona sin Bautismo? Sí. ¿Es necesario el Bautismo? Sí. Necesidad de medio. Pero en algunos casos, si la persona no conoce... está en una isla o lo que sea... nadie predica... viviendo según su conciencia puede recibir la gracia por los caminos que solamente Dios sabe. Es mejor que llegue el misionero y le predique, pero, Dios quiere que todos se salven, entonces: ¿Puede salvarse alguien sin el Bautismo? Sí. Pero no puede salvarse sin la gracia. Sin la gracia nadie se salva.

El canal ordinario por el que llega la gracia a las almas son los sacramentos, y quienes dispensan los sacramentos, salvo algunas excepciones, son los sacerdotes. Así de sencillo es la importancia, necesito sí o sí la gracia. La puedo recibir por caminos que solamente



Dios sabe, pero no es lo ordinario. Mientras más gracia tenga, más seguro estoy en el camino, los canales, mucho mejor.

“El Bautismo que lo incorpora al Cuerpo Místico, y que sólo en caso de grave necesidad, puede ser conferido por los laicos. La celebración de la Santa Misa, que es la renovación en nuestros altares del Sacrificio de la Cruz, el acto más excelente que se realiza bajo los cielos, el acto que da mayor gloria a Dios, más que todos los trabajos apostólicos, los sacrificios y las oraciones. Y este acto, el centro de la vida cristiana, sólo puede ser realizado por los sacerdotes”.

No hay Misa sin sacerdotes, no hay. Y nada da más gloria a Dios que la Misa. Y nada hace más bien por las almas que la Misa, ya lo sabemos...

“La Eucaristía, participación del Santo Sacrificio, sólo las manos sacerdotales pueden distribuirla”.

Ahora hay excepciones. Los laicos pueden dar la comunión, son excepciones, y con la autorización de un sacerdote.

“La purificación de las almas manchadas por el pecado ha sido confiada al sacerdote, y no menos, sólo él puede ungir los cuerpos con óleo del perdón, bendecir el matrimonio, predicar con autoridad la Palabra de Dios, etc. En aquellos países en que el sacerdote católico ha desaparecido, la Iglesia ha terminado por desaparecer. Pueden permanecer un tiempo aislados algunos católicos, pero la ausencia de la predicación, la infiltración de los errores, supersticiones, el auge de los vicios que se enseñorean, al sentirse debilitada el alma por la falta de sacramentos hace que al cabo de algunos años la Iglesia muera. Así ha pasado en Dinamarca, Suecia, Noruega, en África, en algunas regiones de Alemania, en Inglaterra, en otro tiempo ardiente de fe católica”.

Eso podríamos decir de otros países 70 años después.

“Cristo ha prometido a la Iglesia su indefectibilidad, pero no le ha prometido la indefectibilidad en tal o cual país, si la vida cristiana en ellos no se desarrolla normalmente”.

Se puede terminar la Iglesia, si no hay sacerdotes, se puede terminar la Iglesia.

“Por eso, no solo como católicos sino como católicos chilenos -dice él- nos interesa en forma muy particular la suerte del sacerdocio en Chile... sin sacerdocio renacen los vicios, la embriaguez...”

El cura de Ars decía (y esto es muy conocido):

“Dejad durante veinte años a los fieles sin pastor, y no faltará allí quien adore a las bestias y viva como ellas”.

Es más, estoy casi seguro, pero no lo encontré para citarlo, por eso digo casi. En mi interior estoy seguro, pero como no encontré la cita, tengo miedo que me falle la



memoria. El padre Hurtado, que tanto se ocupó de los problemas sociales en Chile, hoy es un santo. Entonces, el problema más grave es la salvación de las almas, pero él decía: “El problema más grave de Chile es la falta de vocaciones sacerdotales”. Y si no lo decía como el más grave, decía uno de los más graves, hasta ahí me quedo seguro. Pero creo que sí decía que era el más grave.

Y tenemos un problema... en Argentina hay problemas, en muchos países hay problemas, acá en España también. No sé si habrán leído ese escrito que mandé, de “¡Resiste Polonia!” ¹ En Polonia, en Cracovia, donde San Juan Pablo II empezó con, no sé, diez vocaciones, o como mucho siete, y terminó con quinientas. Se fue de Papa, y en el 2002 entraron cincuenta vocaciones, y en el 2023 una sola, eso es terrible, eso es terrible. Si no cambia nada, al menos milagrosamente...

Quería citarles en completo lo que acabo de leer, lo último del Santo Cura de Ars:

“¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría. Dios le obedece; pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encierra en una pequeña hostia”.

También decía:

“Si desapareciese el sacramento del orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el Sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote. Siempre el sacerdote. Y si esta alma llega a morir a causa del pecado, ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También, el sacerdote. Después de Dios, el sacerdote lo es todo. Él mismo sólo lo entenderá en el cielo”.

También decía:

“Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos, no de pavor, sino de amor. Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra. ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo. Él es quien abre la puerta, él es el administrador del buen Dios, el administrador de sus bienes”.

Y acá está la cita más conocida:

“Dejad una parroquia veinte años sin sacerdote y adorarán a las bestias. El sacerdote no es sacerdote para sí mismo, sino para vosotros”.

¹[¡Resiste Polonia! - El Verbo era la Luz \(Jn 1, 9\)](#). P. Gustavo Lombardo.



Unas citas más; en este caso, de la exhortación apostólica *Haerent Animo* de san Pío X, del 04 de agosto de 1908. El 04 de agosto es el día del Santo Cura de Ars, por eso la quiso publicar ese día el Papa. Hay muchas citas de este tipo, simplemente cito esta entre otras porque el padre Buela dice que esta exhortación es la carta magna del sacerdocio. Es un escrito cortito, pero muy bueno, excelente. Dice así:

“Tenemos profundamente grabadas en nuestro ánimo, y nos llenan de santo temor las palabras que dirigía a los hebreos el apóstol de las gentes, cuando, al instruirles acerca de la obediencia debida a los superiores -a los laicos le decía que obedezcan a los superiores, los pastores- se expresaba en estos graves términos, ellos están obligados a ejercer su ministerio como quien sabe que ha de dar cuenta de vuestras almas”. (*Haerent Animo*, n. 1)

Nosotros -sacerdotes, obispos- parte de nuestro juicio particular, después será juicio también universal, será las almas que el Señor nos puso a cargo. ¡Ay de nosotros en ese momento!

Y un poco más adelante afirma el Papa:

“Un asunto nos preocupa, sobre todo, que los ministros de Dios sean lo que deben ser por su cargo, pues estamos convencidos de que de ellos principalmente hay que esperar el bien de la religión y su progreso”. (*Haerent Animo*, n. 1)

El bien de la religión -de la religión católica- y su progreso, principalmente se han de esperar de los sacerdotes.

También dirá el Papa, siempre san Pío X:

“Es tal la condición del sacerdote que no puede ser bueno o malo sólo para sí, pues el modelo de su vida influye poderosamente en el pueblo. El que cuenta con un buen sacerdote, ¡qué bien tan grande y precioso tiene!”. (*Haerent Animo*, n. 2)

Un pueblo, un párroco. Pío XI, en la encíclica *Ad Catholici Sacerdotii*, del 20 de diciembre de 1935, afirmaba:

“Todos los beneficios que la civilización cristiana ha traído al mundo se deben, al menos en su raíz, a la palabra y a la acción del sacerdocio católico. Y este pasado bastaría por sí solo para tener confianza en el porvenir, si nouviésemos una palabra más segura en las promesas de Jesucristo”. (*Ad Catholici Sacerdotii*, n. 21)

San Manuel González, un gran obispo, el obispo de los Sagrarios abandonados, decía en la “Introducción a la vida de Trochu”, el Santo Cura de Ars, que es muy conocida:

“Si San Pablo dijo que no había más salvación para el mundo y para las almas que la que se busca y viene por el nombre de Jesús, la historia autoriza para afirmar que: no hay salvación para los pueblos, ni paz, ni orden, ni vida moral sin buenos curas”.



Por eso, comenta San Juan Pablo II, de todo lo que estamos diciendo, nace la necesidad de que el sacerdote tiene que ocuparse, sobre todo, de la salvación de las almas

“Nuestra tarea es servir a la verdad y a la justicia, en las dimensiones de la temporalidad humana -servir a la verdad y a la justicia en el tiempo concreto en el que nos toca vivir como sacerdotes-, pero siempre dentro de una perspectiva que sea la de la salvación eterna”.

El cura no hace nada que no busque la salvación de las almas, nada. ¿Hay que poner un comedor infantil? Claro, pero ¿para qué? Para que esos niños se salven, sobre todo. Para que las madres vean que la Iglesia hace una obra de caridad, para que esos niños vean que el sacerdote los ayuda, las monjitas... Todo se hace para salvar las almas.

También la vida del laico, pero la vida del laico tiene su parte donde es más indirecto. Aunque también: Si tengo un negocio, un kiosco, directamente lo que tengo que hacer con el kiosco es darle de comer a mi hijo, está bien, y no tiene nada de malo. Pero siendo honesto en el kiosco, no robando a la gente con los precios, sonriendo a la gente que viene, teniendo paciencia, teniendo un cuadrado de la Virgen... con todo eso también se puede evangelizar, pero de manera directa, lo que se busca en el kiosco... El sacerdote no, de manera directa lo que está haciendo siempre es salvar a las almas.

El cardenal Robert Sarah, lo conocerán, cardenal africano, que viene escribiendo varios libros últimamente, muy buenos. En un libro que se titula “Para la eternidad: Reflexiones en torno a la figura del sacerdote”, dice lo siguiente -es un libro del año pasado, donde él va haciendo reflexiones para los sacerdotes tomando textos de Santa Catalina de Siena-:

“Pese a su escasa instrucción -Santa Catalina- no dudó en amenazar a sacerdotes y obispos, y no lo hizo reclamando tal o cual igualdad proporcional e indistinta entre hombres y mujeres, ni reivindicando títulos o su derecho de ser diaconisa o sacerdotisa, sino llamando a cada uno a ser plenamente lo que es: miembro vivo del cuerpo de Cristo -Cuerpo Místico-. Por eso -dice el cardenal Sarah- no duda en afirmar que la causa de los males de la Iglesia son la tibieza y los pecados del clero”.

Muy fuerte.

“No duda en exhortar a una reforma de los pastores. ¿Y en qué consiste esa reforma? ¿En una transformación del sacerdocio? ¿En una revisión del sacramento del orden, como quieren ahora? No. Consiste en la conversión de los sacerdotes a una vida coherente con su estado sacramental”.

Conversión, conversión del sacerdote.

Entonces, **primer punto: la grandeza del sacerdote y del sacerdocio; segundo punto: la importancia del sacerdote para el bien de las almas;** siempre brevemente, algunas citas y demás, esto es una cosa inacabable y de muchos otros textos.



3. LLEVAMOS, ESTO QUE LLEVAMOS, EN VASIJAS DE BARRO.

Es lo que dice San Pablo: “*tesoros en vasijas de barro*” (2 Cor 4,7). Y de ahí entonces después, cómo ayudarnos. Llevamos un tesoro, por eso tenemos la obligación, más que ustedes, de ser santos. Palabras muy fuertes, un texto de San Alfonso María de Liguori, uno lo lee, habla del pecado del sacerdote, eso te estremece, te estremece. Y dice él, yo no lo sabía, que en tiempos anteriores no se permitía, un pecado mortal ya hacía que..., no me acuerdo si dice que un seminarista con un solo pecado mortal ya no puede ser sacerdote. O una persona que haya cometido un solo pecado mortal en su vida no puede ser sacerdote. O el sacerdote que cometía un pecado mortal ya no podía ejercer. No me acuerdo, pero a ese nivel de la santidad. Y cita textos y más textos, de la santidad que hay que tener ya para las sagradas órdenes, los vicios no tienen que estar.

Entonces, un par de citas de Pio XI, que está citado por un documento del Concilio Vaticano II, la “*Presbyterorum ordinis*”, sobre el sacerdocio:

“Los sacerdotes están obligados a adquirir esa perfección con especial motivo”.

Todos los laicos están llamados a la santidad, lo hemos dicho en el primer capítulo. Nadie se excusa de eso. Pero:

“Los sacerdotes están obligados, -obligados- a adquirir esa perfección con especial motivo. Puesto que, consagrados a Dios de un nuevo modo, por la recepción del orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo eterno sacerdote, para proseguir a través del tiempo su admirable obra, que restauró con divina eficacia toda la comunidad humana”. (**Presbyterorum Ordinis, n. 12**)

Y el Código de Derecho Canónico dice:

“Los clérigos en su propia conducta están obligados a buscar la santidad por una razón peculiar, ya que, consagrados a Dios por un nuevo título, en la recepción del orden, son administradores de los misterios del Señor en servicio de su pueblo”.

Y, otra vez, San Juan Pablo II en el mismo libro citado, en un título que llama él ‘Llamado a la santidad’:

“En contacto continuo con la santidad de Dios, el sacerdote debe llegar a ser él mismo santo. Su mismo ministerio lo compromete a una opción de vida inspirada en el radicalismo evangélico. Esto explica que de un modo especial debe vivir el espíritu de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. En esta perspectiva, se comprende también la especial conveniencia en el celibato. De aquí surge la particular necesidad de la oración en su vida”.

Y acá la cita que poníamos en el escrito que mandé:

“La oración brota de la santidad de Dios y al mismo tiempo es la respuesta a esta santidad. Escrito en una ocasión: la oración hace al sacerdote y el sacerdote se



hace a través de la oración. Sí, el sacerdote debe ser, ante todo, hombre de oración, convencido de que el tiempo dedicado al encuentro íntimo con Dios es siempre el mejor empleado, porque además de ayudarlo a él, ayuda a su trabajo apostólico. Si el Concilio Vaticano II habla de la vocación universal a la santidad -también de ustedes-, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos!” -pone con signos de admiración-.

Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos.

“El mundo actual reclama sacerdotes santos. Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía de los hombres y maestro de santidad. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan un guía así. El sacerdote puede ser guía y maestro en la medida en que es un testigo auténtico”.

Por eso, un sacerdote que vive en tibieza es una tragedia mayor que un laico, porque está llamado a vivir santamente, más que un laico.

La Cura animarum

En el título siguiente, el Papa habla de la ‘*Cura animarum*’, el cuidado de las almas, el pastoreo. Dice:

“En mi larga experiencia, a través de las situaciones tan diversas, me he afianzado en la convicción de que sólo desde el terreno de la santidad sacerdotal puede desarrollarse una pastoral eficaz, una verdadera ‘*cura animarum*’”.

El cura quiere hacer una buena pastoral tiene que ser santo. Punto. Los planes pastorales, todo está bien. Pero eso brota de la santidad. No somos un gerente de una empresa. Lo dice el Papa con toda su autoridad.

Y un poco más abajo dice que el sacerdote tiene que ocuparse de los pobres y demás.

“Para eso ciertamente los medios materiales son indispensables como los que nos ofrece la moderna tecnología también. Sin embargo, el secreto es siempre la santidad de vida del sacerdote -ese es el secreto- que se expresa en la oración y en la meditación, en el espíritu de sacrificio y en el ardor misionero”.

Oración, meditación, espíritu de sacrificio y ardor misionero. *Mutatis mutandis* también les cabe a ustedes.

“Cuando pienso en los años de mi servicio pastoral como sacerdote y como obispo -cincuenta años llevaba- más me convengo de lo verdadero y fundamental que es esto”.

Cada vez más se convence que lo verdadero y fundamental es que sea el sacerdote santo.



Tesoros llevamos, por eso tenemos que ser santos. Los llevamos en una vasija, una vasija de barro que se puede romper muy fácilmente, y que el diablo hace todo lo posible, porque esto que estamos diciendo, el diablo lo conoce muchísimo mejor que nosotros. No sé si vieron la película Nefarious, es muy buena, es muy fuerte, pero es muy buena, sobre el poseso este. Dice en algún momento: ‘Yo sé más que todos los teólogos de todo el mundo’. El diablo sabe mucha teología. Y, por supuesto, entonces tiene un odio especial al sacerdote. El padre Amorth, ese gran exorcista del Vaticano decía que hay curas que tienen miedo a ser exorcistas. Pero ¡si el diablo nos hace todo el daño que puede!, todo el daño que puede, lo hace. Y una confesión vale muchísimo más que un exorcismo. Muchísimo más. Así que no hay que tenerle miedo al diablo. A Dios hay que tenerle miedo solamente, santo temor. Por eso, una sola cita para esto. Cada tema que estoy nombrando es para hablarlo largo y tendido. Pero una cita que había leído hace muchos años, y la busqué porque me llamó la atención. Este gran apóstol misionera contemplativa que fue Santa Teresita del Niño Jesús, estando en Roma, en Italia, dice ella -es francesa-:

“En Italia comprendí mi vocación. Y no era necesario ir a buscar demasiado lejos un conocimiento tan importante. Durante un mes conviví con muchos sacerdotes santos. Y pude ver que, si su sublime dignidad los eleva por encima de los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles. Si los sacerdotes santos a los que Jesús llama en el Evangelio *“sal de la tierra”*, muestran en su conducta que tienen una enorme necesidad de que se rece por ellos, ¿qué habrá que decir de los que son tibios? ¿No ha dicho también Jesús, *“si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se la salará?”*”

Está diciendo con esa pregunta: tanto los sacerdotes que viven bien su sacerdocio necesitan mucho de oración para no caer, y mucho más todavía los que, llamados a ser sal, han perdido esa sal. Y que sólo sirven para ser pisados por los hombres, dice el Señor. Hay que hacer oración para que vuelvan a ser salados. Y termina:

“¡Qué hermosa es, Madre querida -le escribe a su superiora- la vocación que tiene como objeto conservar la sal destinada a las almas!”.

Conservando la sal en los sacerdotes, se conserva la sal destinada para las almas. Por eso, el bien de los sacerdotes es bien para las almas.

“Y esta es la vocación del Carmelo, pues el único fin de nuestras oraciones y de nuestro sacrificio es ser apóstoles de apóstoles, rezando por ellos mientras ellos evangelizan las almas con su palabra, sobre todo con su ejemplo”.

En un momento, ella estaba enferma y salió a caminar por el patio del convento, le dice otra monjita que por qué lo hacía, estaba enferma -después de esa enfermedad, se murió-. Y dice: “Camino para que un misionero camine”, ofrece un sacrificio para que un misionero tenga fuerzas para poder hacer el sacrificio que le toca a él.



Si bien ninguno de ustedes es carmelita, esa es un poco la idea de esto que estamos diciendo. De ayudar en lo que se pueda a los sacerdotes. ¿A qué sacerdote? Tampoco esto tiene ninguna exclusividad, pero, por un lado, el sacerdote que tienen a mano, el de la parroquia, obviamente que tiene que estar dentro de las oraciones. O al que le tengan alguna deuda, tenemos todos alguna deuda a un sacerdote. Yo le tengo una deuda, por ejemplo, al cura que, confesándola a mi mamá, que en paz descanse... Mi mamá, cada vez que llega el aniversario de su muerte, o de su cumpleaños, no me acuerdo, dice: “Gustavo reza la Misa por el padre Tanto, no te olvides.” Porque yo existo gracias a él. Y lo digo esto sin problemas, porque mi madre -yo estaba predicando la novena en una parroquia en Argentina, y hablando de los métodos anticonceptivos y demás-, y mi mamá, sin ningún problema, pidió un micrófono, y mi madre -no me acuerdo si fue después del sermón, o fue al final de la Misa, pero si mi madre pide el micrófono, qué le voy a decir... soy su hijo, ya está- dice: “yo quiero dar mi testimonio”, y ahí contó que se fue a confesar un día, y tenía puesto un dispositivo intrauterino, y ella no sabía que estaba mal, o tenía duda, no sé. El sacerdote, a la vieja usanza, la regañó, pero bien. Y, gracias a eso, existimos mi hermana y yo. Eran dos, mi mamá tenía ciertas enfermedades, y todo. Pero pudo tener dos hijos más. A veces yo le tengo también que rezar ahora por si está en el purgatorio, yo le tengo una gratitud especial. Una vez, estando aquí en la parroquia, les digo: “para ustedes que están acá, que yo exista o no exista, es un poco lo mismo.” Y una señora hace: “Sí...”, asintiendo con la cabeza... Yo tenía ganas de decirle: “Señora, tampoco sea tan evidente”, puede no hacer ningún gesto, ¿verdad? No le dije nada. Pero yo quería decir: “Para mí, no es lo mismo existir o no existir.” Para mí no.

¿Rezar por qué sacerdote? el de la parroquia, el que tengan... pero después, dentro del universal mundo del sacerdocio, de manera especial, por ser de la Tercera Orden de esta familia religiosa, por los sacerdotes nuestros. Por ahora, no voy a particularizar nada. Después, que el Señor vaya mostrando como vaya queriendo. En algunos lugares, algunos movimientos, familias religiosas se usa, incluso, tener como un nombre. En el caso nuestro, las monjitas contemplativas son capellanas de sacerdotes, yo tengo tal capellana en tal lugar, en tal otro, rezan especialmente por un sacerdote. Podría ser también tener un nombre, conocer una misión.

Sí que va a tener cierto tinte de rezar por... Si somos ahora un poquito menos de quinientos en el mundo, uno dice: “quinientos no es nada”. Hay cuatrocientos mil sacerdotes en el mundo. San Felipe Neri, creo que era el que decía “Dadme -no sé si diez o doce, pongamos doce, porque debe ser por los apóstoles- “Dadme doce hombres -sacerdotes- que estén llenos del Espíritu Santo, y yo respondo por la conversión y salvación del mundo entero”. Si fuéramos quinientos santos, quédense tranquilos y tranquilas, que podríamos hacer muchísimo bien a todo el mundo.

¿Y qué hacer en concreto? En este sentido, si quieren rezar por otros curas, además de los que nombré, no pasa nada, pero parece que cierta... por ser de esta familia... Y en esto también a mí me parece una cosa muy buena -yo, sinceramente, no lo había conocido, me fueron comentando y, en este sentido, la que impulsaba mucho a esto es la



beata Conchita Cabrera de Armida, que es una beata que tuvo muchas revelaciones de Jesús, revelaciones privadas, ya es beata, entonces uno puede darle crédito con prudencia, prudentemente uno puede darle crédito porque -no con prudencia en el sentido de quizá sí, quizá no- sino que la prudencia me dice que puedo darle crédito a una revelación privada, porque es beata. Hay varios libros, hay uno que es "A mis sacerdotes", que es un libro de Jesús, todo lo que dice ahí, todo muy cierto, y son dolores que tiene el Señor por no ser buenos sacerdotes nosotros, esto, ya el siglo pasado.

Ella pedía a los laicos de su movimiento, con algunas particularidades que yo no las voy a dar todas exactamente, pero sí saber: ofrecer la Comunión por los sacerdotes, ella decía los domingos. Dice: "Mira, hija mía, Dios nada niega de lo que se le pida en Mi Nombre -le dice Jesús a ella-, y Yo, el Verbo humanado en la Eucaristía, seré el medio Salvador que me ofreceré en bien de mi amada grey". Dice que: "el Espíritu Santo ansía derramarse, pero no tiene recipientes dispuestos". "Quiere comenzar por los sacerdotes, y ellos serán el conducto por donde llegue a las almas este Dios Espíritu Santo".

El Espíritu Santo quiere darse a las almas, y quiere empezar por los sacerdotes para darse a todos los demás, y ahí, ella pide que se ofrezca -yo no sé si el Señor directamente le pide, o ella lo pide por inspiración siempre del Señor- ofrecer la Comunión, ella habla de la Comunión dominical, porque se supone que la Misa, al menos dominical. Para mí, si van a Misa todos los días, mejor todas las Comuniones. Pero hay que entender qué significa esto. Y como les digo esto, si uno dice 'no, bueno, yo la Comunión prefiero no tanto, prefiero que sea el Rosario', no importa; algo ofrecer, algo. Pero la Comunión, ¿en qué sentido? ¿Y por qué una Comunión? ¿Qué hago yo en la Comunión, si en la Comunión el Señor se me está dando? ¿Qué puedo ofrecer yo? ¿Por qué la Comunión? Es cierto, uno puede decir: 'claro, si alguien me da un regalo, al aceptar yo el regalo, también le hago un acto de caridad, porque si no se lo acepto, le voy a ofender a la persona'.

Hay un acto de amor a Jesús por recibirlo en la Comunión. Sí, pero parecería como que no tiene tanto... La Comunión, unido a lo que vimos ya de la Misa, es un momento en el cual nos unimos muy particularmente con el Sacrificio de Cristo. Es en ese momento, por sobre todo momento en la Misa, donde nos hacemos víctima con la Víctima. No hay un momento más grande de unión que ése, con Cristo. Al ofrecer la Comunión, no voy a decir que me estoy haciendo víctima por los sacerdotes, porque ya usar esa palabra así, en este contexto hay que entenderlo bien, porque, hay un voto de víctima que es una cosa muy profunda, que solamente algunas almas están elegidas. No, no, no estoy diciendo exactamente a ese nivel, pero sí es muy profundo esto de que yo, en toda Misa, ofrézcalo por lo que sea, en cada Comunión yo me estoy haciendo víctima con Cristo víctima. Yo estoy uniéndome a lo que sucedió en el altar. Jesucristo se entregó al Padre por mí, actualizó su sacrificio y yo estoy uniéndome a eso. Por eso, los sacrificios a los ídolos eran unirse con el sacrificio de los ídolos, por eso estaba mal, decía San Pablo. Lo mismo aquí, muy profunda la Comunión en ese sentido. No es solamente unirme a Cristo vivo, claro, sino a Cristo Víctima, Inmolado. Y en este sentido, estoy ofreciendo yo



eso, me estoy ofreciendo, en la Comunión me uno con el sacrificio de Cristo y estoy ofreciendo ese acto de unión con el sacrificio de Cristo por los sacerdotes. Está tan unido, como decíamos antes. Lo dijimos muy rápido, es un tema muy profundo. Así como el Bautismo me une de una manera particular con la Eucaristía, ese misterio de fe, y a su vez la Eucaristía, porque por el Bautismo tengo el sacerdocio común de los fieles y eso me une también con la Eucaristía, pero también me une con el sacerdocio ministerial, me une con el sacerdote. Hay toda una cosa ahí, un misterio de fe muy grande, donde estamos todos unidos en Cristo Sacerdote y a la Eucaristía. Así también puedo, en ese momento de la Comunión, es un hermoso momento para... -aunque no me quita a mí la interioridad mía de la unión con el Señor- es un acto, nada más. Después, Dios mediante, ofreceremos alguna oración y todo por si la quieren hacer, con toda libertad. Pero, en ese momento es un sacerdote el que me está dando la Comunión, me está dando de alimentar, alguien que..., y el que acaba de celebrar la Misa, y estamos uniéndonos todos en Cristo. Es un momento muy, muy apto, si se permite -la palabra queda muy corta, muy chica-, momento muy indicado, muy propicio para yo ofrecer, ofrecerme y ofrecer esa unión con la Víctima por el sacerdote, por los sacerdotes, por el que está celebrando, por el que sea.

Dice San Alberto Hurtado:

“El sacrificio eucarístico es la renovación del sacrificio de la Cruz. Como en la Cruz, todos estábamos incorporados en Cristo y como entrañados en la Víctima divina, inefablemente compenetrados e identificados con Ella, y en Ella y con Ella fuimos misteriosamente inmolados”.

Profundo esto: en la Cruz, todos inmolados con Cristo y en Cristo en la Cruz, se ofreció por todos, pero también nos ofreció a todos.

“De igual manera, en el Sacrificio Eucarístico todos somos inmolados en Cristo y con Cristo. Como el pan se transubstancia realmente en el Cuerpo de Cristo, así todos los fieles nos transubstanciamos espiritualmente con Jesucristo Víctima”.

Muy fuerte todo esto, muy profundo.

“Con esto, nuestras inmolaciones personales son elevadas a ser inmolaciones eucarísticas de Jesucristo -nuestras inmolaciones personales, nuestros sacrificios y nuestras entregas son elevadas a ser también de Cristo- Quien, como Cabeza, asume y hace propias las inmolaciones de sus miembros. ¡Qué horizontes se abren aquí a la vida cristiana! La Misa, centro de todo el día y de toda la vida. Con la mira puesta en el sacrificio eucarístico y siempre atesorando sacrificios que consumir y ofrecer en la Misa”.

Ya lo hemos hablado esto también.

“Hacer de la Misa el centro de mi vida. Prepararme a ella con mi vida interior, mis sacrificios que serán hostia de ofrecimiento, prolongarla durante el día, dejarme partir, y dándome en unión con Cristo”.



Todo eso tiene su culmen en la Comunión. Por eso es un buen momento para ese ofrecimiento.

Repito, para que quede claro, como sustancial, como algo que tiene que estar: **esa conciencia de cada uno de hacer algo por los sacerdotes**. Eso sí tiene que estar. ¿Por qué? Porque, en el momento que estamos de la situación de la Iglesia, ya lo dijimos, en todo momento, pero ahora mucho pasa por los sacerdotes y muchos sacerdotes, lamentablemente, han sido mal formados en los seminarios. En ese sentido, ¡pobres!; nosotros, cada vez que pasa el tiempo, damos más gracias a Dios por la formación que hemos tenido. ¿Por qué? Porque uno ve para un lado, para el otro. El Papa Benedicto XVI, hace unos años, siendo emérito ya, escribió una carta, un escrito muy, muy fuerte, muy bueno y, en parte, hablando de los abusos y demás.

Y dice el Papa, la culpa, el problema de los abusos es que han sido elegidos obispos, dice él, “según el espíritu del Concilio”. No ‘según el Concilio’, según “el espíritu”, que el espíritu del Concilio es el anti-concilio. Parafraseando eso -él dice hasta ahí, dice más cosas, pero lo que estoy diciendo dice hasta ahí-, podemos decir que hay muchos sacerdotes que han sido formados, y obispos según el espíritu del Concilio, que el espíritu del Concilio es el anti-concilio en realidad. Por eso, con más razón hay que rezar por los sacerdotes. Porque un sacerdote también se puede convertir. Es más difícil. Por eso tenemos que rezar mucho. ¿Por qué es más difícil? Porque el estar en contacto con lo sagrado, si perdemos la noción de lo sagrado, es mucho más difícil de volver a recuperarla, a esa noción de lo sagrado. Hay seminaristas que han perdido la fe en el seminario, perdido la fe en el seminario, no en el seminario como objeto, no que no creían más en el seminario, sino que durante su formación han perdido la fe, o les ha quedado muy poca. Y es más difícil eso porque ya estudiaron, ¿quién me va a enseñar ya? Por eso hace falta, hace falta hacer algo. **Ofrecer la Comunión** es una muy buena inspiración de esta beata. Y se lo habrá dicho el Señor. **Pero si no, el Rosario, si no, un misterio del Rosario, sino lo que vean. Pero no dejar, en lo posible diariamente, de hacer algo por los sacerdotes**. Con esta convicción de lo que acabamos de decir, que es un tema súper profundo, súper largo, que no estoy para nada acabándolo, simplemente son pinceladas.

Y por supuesto, en todo esto, mucho que ver, muchísimo que ver tiene en el rescatar un sacerdote o hacerlo permanecer en su vida de fervor, nadie mejor que la Madre de los sacerdotes, somos hijos predilectos de María. Siempre está Ella ahí. En el otro libro, que todavía el autor está vivo, que se llama “*In Sinu Jesu*”. A mí me ha gustado muchísimo. Son revelaciones privadas a un monje que fundó una congregación, benedictina creo que era, pero que se dedican a la Adoración Eucarística. Jesús le dice, - de él no se sabe el nombre, yo lo sé porque me entere, sino, no se sabe porque no lo pone en el libro y él no queda bien parado para nada, no está buscando ninguna gloria- y el Señor, en varios momentos le dice que fue la Virgen la que lo rescató: “las gracias que recibiste para salir del estado en que estabas fueron de tu Madre”.



En todo esto y, es más, en la oración que les voy a ofrecer, súper libremente que la hagan o no, tanto para prepararse para la Misa como para después de la Comunión, super libre, es una oración -hay miles de oraciones mucho mejores- pero, está María presente, como la que hacemos los sacerdotes, está María presente, la que nos ofrecen, la clásica, digamos. Y San Luis María pide que en el momento de la Comunión estemos con María para que reciba a Jesús. Por eso, **en todo esto pedirle a María por los sacerdotes**, hermosísimo, hermosísimo, hermosísimo. Porque Ella cuida de una manera particular de sus hijos predilectos, que muchas veces somos los que más le hacemos sufrir también. Hay que consolar su Inmaculado Corazón.

¡Ave María y adelante!

P. Gustavo Lombardo, IVE